

# EL MEDIOEVO: ¿ÉPOCA SOMBRÍA DE AUSTERIDAD Y SERIEDAD?<sup>1</sup>

GRACIELA CÁNDANO FIERRO  
Seminario de Poética, IIFL

A Pablo y Alejandra

Pestes, guerras, crueldad, sequías, inundaciones, ignorancia, fanatismo, herejías, miseria del pueblo, opulencia de los gobernantes, muerte... he aquí una apretada síntesis de una imagen popular sobre la Edad Media<sup>2</sup>. Y hay estudiosos de ese período de la historia que para pintárnoslo parecen basarse en alguna variante de este hipotético modelo: en los albores del siglo xiv el desasosiego en Europa era tal que la vida parecía una anticipación del infierno. El populacho era tan pobre, tan infeliz, que en todo creía ver el signo fatídico de alguna desdicha próxima.

Quien se enfrenta a semejantes visiones del Medioevo es legítimo que se pregunte: en un mundo tan sombrío, ¿habrá habido espacio para el optimismo, el regocijo... la risa? Antes de dar respuesta a este interrogante, considero que vale la pena hacer algunas observaciones sobre ese fenómeno esencialmente humano que suele expresar bienestar y alegría.

<sup>1</sup> El artículo que presento corregido y aumentado forma parte de un libro de mi autoría, donde desarrollo más ampliamente los temas que aquí abordo (*La seriedad y la risa*, 2000).

<sup>2</sup> Habría que preguntarse si acaso hay diferencias significativas entre aquella época y los tiempos que estamos viviendo en pleno siglo xxi.

## LA RISA

La risa ha sido y es, ante todo, patrimonio de los pueblos<sup>3</sup>. En numerosas sociedades primitivas ya existía un claro nexo entre la risa y las jubilosas festividades agrícolas, ciertas ceremonias religiosas, lo mágico. Para Propp (1982: 85), la forma primigenia de la magia de la risa se basaba en la conciencia de que reír no era atributo de los muertos, sino únicamente de los vivos. No es fortuito, pues, que los griegos hayan tenido un dios Geleón, deidad exclusiva de la risa, o que los tolteco-mexicas hayan venerado a un dios florido, alegre y festivo como Macuixóchitl-Xochipilli (amén de las tantas “caritas sonrientes” dejadas por la cultura totonaca en la parte central de la costa atlántica de México, que reúnen todos los elementos de los dioses del juego, la alegría y la música); o que para los antiguos japoneses el mundo haya comenzado entre risas estentóreas, cuando, ante el obscuro baile de la diosa Izanami —quien pretendía atraer con sus danzas *non sanctas* al dios sol—, los demás dioses hicieron retremblar el cielo con sus risas... y salió el astro rey (cfr. Álvarez, 1989: 57); o, según refiere V. S. Reinach (sin aclarar a qué mitología corresponde), que “Al reír Dios, nacieron los siete dioses que gobiernan el mundo [...] cuando la risa estalló, apareció la luz [...] la séptima vez que rió, apareció el alma” (*apud* Bajtín, 1974: n. 1, 69).

En el mundo clásico, reírse y suscitar prodigios era privativo de inmortales y aun de mortales elegidos. Verbigracia, la diosa madre Deméter, al reír cada primavera, devolvía a la tierra helénica la facultad de ser fértil<sup>4</sup>. Por su parte, los lupercos constituían una cofradía cuyos miembros celebraban en Roma una procesión anual en la que, desnudos, daban la vuelta al Monte Palatino flagelando con correas de cabra a

<sup>3</sup> Véase Bajtín, 1974: 17.

<sup>4</sup> Y su risa, según el himno homérico a Deméter, habría sido propiciada por Yambe —personificación de la naturaleza benéfica de la risa—, quien en virtud de sus bromas y gracejos logra que Deméter, acongojada por el rapto de su hija Perséfone, se sonría y, finalmente, ría abiertamente.

las mujeres que encontraban a su paso con el fin de garantizar su fertilidad; antes de iniciar su fecunda marcha, los lupercos debían prorrumpir una sonora carcajada (*Diccionario*, 1974: 238), ritual forzoso si se quería que sus azotes fueran eficaces (estos ritos recuerdan los alaridos y risotadas que escoltaban la brutalidad de las saturnales y las bacanales)<sup>5</sup>.

Mas no sólo dioses, sacerdotes y pueblos de la Antigüedad le otorgaron tantos valores a la risa, sino también los sabios. Entre los clásicos, Demócrito (*apud* Bajtín, 1974: 66) la definió como una riqueza subjetiva propia sólo del hombre maduro y esclarecido; y, posteriormente, el mismo Aristóteles (*apud* Curtius, 1975: 600) consideró que constituye un privilegio espiritual supremo, lo que distingue al hombre del animal: un niño se convierte en ser humano cuando ríe por primera vez. Bajo estos enfoques, referirse a la risa es remitirse al ser racional<sup>6</sup>. Entonces, si tan ilustres filósofos le dieron este alcance sinecdótico a la risa, debemos reconocer, con todo lo anterior, lo sustancial que ha sido para el hombre, desde siempre, esta propiedad intrínseca a su naturaleza.

Con relación al monopolio que ejercemos las criaturas pensantes sobre la risa, observamos —si me permiten dar un salto colosal en el tiempo y en las perspectivas vitales— que en el último cuarto del siglo xx (en que el desarrollo tecnológico del automatismo ha avanzado vertiginosamente) ha habido estudiosos que han arribado a un sorprendente e inédito género de elucubraciones: por ejemplo, el científico Joseph Cohen señala que hay tres cosas que están fuera del alcance de los autómatas actuales más avanzados: en primer

<sup>5</sup> Es muy notable que hoy —en los albores del tercer milenio— exista y prospere en la ciudad de México una secta religiosa conocida oficialmente como *El Avivamiento de la Risa* o *La Risa Santa*, cuyos miembros irrumpen en carcajadas y risas incontrolables (o emiten fuertes sonidos de animales), ya sea ante la orden de su líder o bien al imponerles alguien las manos sobre la frente.

<sup>6</sup> San Isidoro en las *Etimologías* [II.2], hace remembranza de las ideas de Aristóteles: “Hombre es animal razonable [...] risueño, [...] e reír non lo ha otra cosa que haya alma fueras hombre” (*apud* Lacarra, 1998: 378).

lugar no pueden reír (o llorar), jamás se quitan la vida y nunca se sonrojan (*apud* Beaune, 1990: 487). Mas si suicidarse o llorar son circunstancias en gran medida dolorosas, *negativas* para el hombre, y el ruborizarse es, en cierto modo, una *trivialidad*, debemos convenir en que la risa no sólo nos diferencia del animal sino, desde un punto de vista *positivo y trascendente*, también —esperemos que en forma *perenne*— del robot<sup>7</sup>.

\* \* \*

Ahora bien, una vez que hemos sobrevolado algunos de los relieves del misterioso territorio de la risa, es obligado cuestionarse: pero, ¿qué es esta característica tan humana?, ¿acaso es una contracción muscular del rostro acompañada de una exhalación convulsa?, o, como ya se ha dicho, ¿un fenómeno universal que indica alegría y bienestar?, ¿o la exteriorización de una emoción debida a distintos factores intelectuales y afectivos?, ¿será más exactamente una descarga de excitación o compresión anímica, un estallido de energía psíquica?, ¿la vital liberación de una opresión?, ¿una evasión, una distensión, un trance, una transición?

Al respecto hay que aclarar que la risa, después de ser objeto de innumerables y sesudas reflexiones a través de los siglos, ha resistido todo ensayo explicativo de conjunto y se mofa de quienes han creído haberla atrapado dentro de los linderos de una definición objetiva, definitiva. Tal vez la risa sea más condescendiente con los poetas, quienes haciendo a un lado los métodos regulares de los filósofos y los científicos, se han referido líricamente a este elusivo concepto de diversos modos; Rubén Darío, en uno de sus artículos, cristaliza la siguiente idea: “La risa es la sal de la vida. [...] Bendigámos-

<sup>7</sup> Como anécdota curiosa, vale la pena mencionar que Eduardo García Máynez, aludiendo al drama expresionista *R. U. R.* (obra del checo Karel Capek, quien ideó la palabra robot en 1924), refiere que los sabios protagonistas que dirigen una gran fábrica de esclavos mecánicos invitan a la heroína a comer, y, curiosamente, cuando ésta accede, salen presurosos a cocinar pues “los robots no saben sazonar” (García Máynez, 1962: 19).

la, porque es la salvación, la lanza y el escudo” (*apud* Peña, 1950: 75-76). Por su parte, Octavio Paz la llama “el más allá de la filosofía”, y cuando es producto de la reflexión —cuando surge del humor negro, de la ironía, de la blasfemia— la designa “el alimento de la poesía más alta” (Paz, 1962: 23-24).

A la luz de lo expuesto, obviamente no será mi intención desentrañar el significado último de un hecho tan complejo como relevante (y, paradójicamente, tan cotidiano); será suficiente aceptar que la risa es todo lo dicho y, por supuesto, un poco (¿o un mucho?) más. Sintetizando, deseo destacar que la risa es —cuando menos— una proclamación de placer (Freud, 1979: 139); un fenómeno general y espontáneo evidentemente necesario, que acompaña la vida y que la aligera.

A pesar de sus dones, es oportuno señalar que la hilaridad tiene sus límites, pues también es verdad que no puede manifestarse como un acto demasiado prolongado. Justamente, uno de sus encantos es su carácter de transitoriedad, de explosión momentánea. No es posible concebir una risa permanente sin imaginar al cuerpo de donde proviene retorcido por dolorosos espasmos y crispaciones; tal exceso sería una versión extrema y seguramente fatal de lo que conocemos como “ataque de risa”. Asimismo, la risotada forzada —producto, digamos, del apetito adulador por “demostrar” que nos ha sido satisfactorio el chiste contado por un superior—<sup>8</sup> sería tan hueca como la risa continua; vendría a ser, como aquélla, una risa sin sentido.

Conforme a los principios enunciados queda claro que, como medida profiláctica, se podría presionar a un pueblo determinado —en la fantasía, por supuesto— para que se abstuviera de poner a prueba su resistencia física haciendo alarde de su capacidad de reír (o de comer, o de copular),

<sup>8</sup> Ya un escritor español del siglo xvi, Francisco de Villalobos (quien conocía bien la hipocresía de los séquitos de nobles y monarcas por haber sido médico —según Sainz de Robles (1964: 297)— del duque de Alba (1507), del Rey Católico (1509), de Carlos I (1519) y de Felipe II (1548)), se refiere a la risa falsa como: “pasión y propiedad de una alimaña que se llama *la corte*” (*apud* Illades, 1999: 74).

pero nada justificaría que solicitáramos a esa misma población que anulara o disminuyera sus naturales y sanas inclinaciones a la risa; a algo que no hacemos, *sino que nos ocurre*, a algo que podría pasarnos, involuntariamente, ante un espectáculo tan banal como el de un prepotente agente de tránsito que manotea sobre su motocicleta tratando de atrapar, sin éxito, la gorra que acaba de huir de su cabeza.

Sin embargo, hubo un tiempo y un espacio donde se pretendió, desde la cúpula del poder político e ideológico, reprimir la risa, cortar sus vuelos. Veamos...

#### LA “RISA CALLADA” ¿SEVERIDAD O REPRESIÓN?

Uno de los poetas más importantes del siglo XII, Gautier de Châtillon, nos transmite en sus versos que, al decir de los clérigos de la época, los apetitos, las pasiones del pueblo (en su gran mayoría campesinos pobres e ignorantes) solían aflorar en reuniones en las que se reía y había un clima de alboroto, de desorden. De manera que se consideraba indecoroso revelar lo risible, lo ridículo, ya fuera en las conversaciones o en los actos, pues ese proceder trastornaba la mente de las personas inocentes. Châtillon presenta la risa, dentro del discurso de la Iglesia católica, como algo obsceno, indecente. Esta severa concepción oficial —que por rígida rayaba en lo ridículo— de lo que debían ser las relaciones humanas influyó en todas las esferas de la sociedad del Medioevo; junto con la represión a la sexualidad generó lo que, al menos en la apariencia, en las declaraciones, se puede caracterizar como “seriedad medieval”.

Hubo grandes pensadores que avalaron con sus ideas y su prestigio este anhelo de austeridad. Dentro de la corriente teológico-mística victorina (perteneciente a la denominada mística especulativa, que tuvo gran fama e influencia) brilló Hugo de San Víctor, director del centro de estudios del monasterio que lleva su nombre desde 1133 hasta su fallecimiento, en 1141. Sus coetáneos lo llamaron “el nuevo Agus-

tín”, tanto por su ciencia como por su acendrado espíritu religioso. Para él, la sabiduría más elevada no era la filosofía, sino la contemplación que culmina en el éxtasis místico: en “el triple silencio de la boca, del espíritu y de la razón, y en el triple adormecimiento de la razón, de la memoria y de la voluntad” (Jolivet, 1974: 148). Hugo de San Víctor aceptaba que sólo *de vez en cuando* las cosas serias deleitaban más mezclándolas con las divertidas (*apud* Curtius, 1975: 599)<sup>9</sup>.

Juan de Salisbury, eminente representante de la escuela filosófico-teológica de Chartres, discípulo de Abelardo y obispo de Chartres desde 1176 hasta su muerte, en el año 1180, aunaba a su saber lógico y teológico un amplio conocimiento de los autores clásicos. Letrado de pensamiento prudente y serio, afirmaba en el *Policraticus*, una de sus obras principales, que el rey debía meditar diariamente la ley de Dios y someterse a los sacerdotes (Jolivet, 1974: 134); también advertía acerca del riesgo en que ponían su alma quienes ofrecían regalos a los bufones, ya que de ese modo favorecían un oficio depravado. Su afirmación de que sólo *esporádicamente* se admitiera una *modesta hilaridad*, es coherente con la tónica de su obra, sobria y teñida de escepticismo<sup>10</sup>.

Otro eximio representante de la escuela mística especulativa, San Bernardo de Claraval (Doctor de la Iglesia, llamado el Melifluo, muerto en 1153), reformador de la orden del Cister y autor de un *Tratado sobre el libre albedrío*, fue un hombre tan proclamador de lo austero como el que más. Una fracción de su obra *De la excelencia en la nueva milicia* lo demuestra cabalmente<sup>11</sup>:

<sup>9</sup> Autores como Otis Green (1969: 45) creen ver en el enunciado de San Víctor: “*Quia aliquando plus delectare solent seriis admixta ludicra*”, una recomendación para incluir “bromas y veras en los temas serios”, mientras que otros lo interpretamos como una advertencia para usar lo lúdico sólo con tino, con prudencia.

<sup>10</sup> Umberto Eco traslada la medida de Salisbury a los labios de su personaje Guillermo de Baskerville (1992: 162).

<sup>11</sup> Hay que considerar el hecho de que la intervención de la Iglesia fue concluyente en la gestación y formulación del concepto de caballería.

[Los caballeros seculares] desechan y tienen horror a *los cómicos* y a los magos<sup>12</sup>, los cuentos y fábulas, *las canciones burlescas* y toda suerte de espectáculos y *comedias*, [...] se bañan muy raras veces; dejan sus cabellos del todo erizados, al aire, cubiertos de polvo y negros por la cota de malla y por los vehementes ardores del sol (Riu, 1959: 205)<sup>13</sup>.

En otros ámbitos del pensamiento, el *Tractatu amoris* —una exposición metódica sobre la cortesía (o arte de amar honestamente)—, del ilustre capellán Andrea Chapellanus, era muy conocido a fines del siglo XII y principios del XIII, en las postrimerías de la Alta Edad Media e inicios de la Baja. Este libro aconseja lo siguiente: “Que su reír [el del hombre] sea moderado en presencia de las damas, pues según las palabras del sabio Salomón, la risa excesiva parece locura” (*apud* Laffitte, 1950: 44)<sup>14</sup>. Y ya en plena Baja Edad Media, el poeta y orador Brunetto Latini (1230-1294), impregnado de didactismo cristiano, indicaba que, con el fin de mover el ánimo, persuadir y lograr una consecuencia moral en la expresión de fábulas o historias antiguas, era necesario el ornato retórico, el decir artificioso, pero circunscrito a las “palabras nobles, graves e llenas de buenas sentencias” (*apud* Montoya, 1997: 203).

No cabe duda: la risa *abierta* se contraponen a la cultura oficial; a su tono serio y ascético. Incluso en el campo del amor.

Pero estas adustas normas no eran sino un legado de las agrias ideas de clérigos como san Efrén Siro († 373), quien escribió una amonestación contra las risas de los monjes (Curtius, 1975: 598), o como el autor de la acreditada *Regla*, san

<sup>12</sup> Riu usa aquí *cómico* para referirse, básicamente, a los bufones, los imitadores y los actores que representaban papeles jocosos en pequeñas piezas dramáticas más parecidas a los sainetes que a las comedias.

<sup>13</sup> Las cursivas son mías.

<sup>14</sup> La risa que era aceptada, según Lacarra, era la que se caracterizaba por ser “escasa y sin estruendo [sin enseñar los dientes] para alcanzar el ideal del varón discreto y sabio que ‘se ríe’ callando [lo que equivale a la risa contenida]” (Lacarra, 1998: 380). Esto lo dice la autora cuando hace la distinción entre las categorías de la risa, que se exponen en *Doctrinal de religiosos* de 1499 (*apud* Lacarra, *ibidem*).



Benito —480-547—, fundador de la orden benedictina que dejó su huella en la educación, el arte y la literatura de Europa. En general, la *Regla* exhorta a la obediencia, el silencio, la humildad, la seriedad y el trabajo agrícola, artesano y cultural (la palabra hilaridad no figura en el vocabulario del trabajo penoso, incluyendo, claro está, el del siervo). En su cuarto capítulo se ordena: “No profieras palabras huecas ni risas vanas. No ames la risa abundante ni agitada” (*apud* Parés, 1960: 127)<sup>15</sup>. Los preceptos de este Santo Padre de la Iglesia occidental rigieron la vida monástica europea durante siglos y prohicieron posteriormente, en tratados como *De habitu et conversatione monachorum*, pensamientos de esta laya: “se debe evitar la palabra torpe y la risa que ésta provoca, del mismo modo que se huye del veneno de la víbora” (*apud* Curtius, 1975: 599), ideas que, inevitablemente, calaron hondo en las mentes del pueblo servil de la época. Pero, ¿por qué tanta gravedad, tanta tiesura?

Si nos remitimos a la Biblia, descubriremos en ella, primordialmente entre sus *Libri didactici*<sup>16</sup>, el posible germen de este prurito de *agelastismo*<sup>17</sup>. Analizaré enseguida ciertos pasajes bíblicos en que se alude a la risa o a lo que sin duda la provoca<sup>18</sup>.

Veamos el Antiguo Testamento:

En Eclesiástico<sup>19</sup> 21:23 se declara: “El tonto ríe a gritos, mientras que el hombre de buen sentido apenas sonríe”<sup>20</sup>; y en Eclesiastés<sup>21</sup> 7:5-6 se afirma: “Mejor es oír la reprensión

<sup>15</sup> Para mayor información sobre las otras reglas de la Orden de San Benito, ver lo que dice María Jesús Lacarra (1998: 381-382).

<sup>16</sup> *Proverbia, Ecclesiastes, Ecclesiasticus, Ephesios, Iacobi* de la *Biblia Vulgata* (VII-VIII).

<sup>17</sup> En Rabelais, el “agelasta” es el que nunca ríe.

<sup>18</sup> No considero los versículos que hablan de la alegría o el júbilo porque estas manifestaciones de felicidad no implican, necesariamente, la risa.

<sup>19</sup> De *La Sagrada Biblia*.

<sup>20</sup> En la *Biblia de Jerusalén* dice: “El necio cuando ríe lo hace a carcajadas, mas el hombre sensato, apenas sonríe”. La *Biblia Vulgata* es coincidente con ambos contenidos.

<sup>21</sup> Ésta y las cuatro siguientes citas bíblicas son de la *Santa Biblia*.

del sabio que la canción de los necios; porque la risa del necio es como el estrépito de los espinos debajo de la olla”. En otras palabras, ya sea en el discurso de los pensadores del siglo XII, en *La Regla* de San Benito o en la Escritura se asocia la risa con la necedad, y la seriedad con la sabiduría. Otras referencias bíblicas crean conciencia acerca de la inutilidad y nocividad de la risa, a cambio de la benignidad del dolor: Proverbios 4:13: “Aun en la risa tendrá dolor el corazón; y el término de la alegría es la congoja”; Eclesiastés 2:2: “A la risa dije: Enloqueces, y al placer: ¿De qué sirve esto?”, y finalmente Eclesiastés 7:3: “Mejor es el pesar que la risa, porque con la tristeza en el rostro se enmendará el corazón”. Circunspección, melancolía, pesadumbre... son los valores que se exaltan en los escritos sagrados del pueblo de Israel cuando de risa se trata.

Me remitiré, ahora, al Nuevo Testamento:

Efesios 5:3-4 reza así: “Pero fornicación y toda inmundicia [...] ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías”, entendiéndose por truhanerías las bufonadas, cuentos o gestos destinados a hacer reír, a divertir a la gente<sup>22</sup>. Así, la risa se equipara en pecaminosidad a la sexualidad. Por su parte, Santiago 4:9 expresa<sup>23</sup>: “Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convertirá en lloro, y vuestro gozo en tristeza”; y Mateo 5:4 dice: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”<sup>24</sup>; y Lucas 6:25: “¡Ay de vosotros los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis”. Es fácil constatar que en los escritos apostólicos se reproducen los mismos taciturnos enaltecimientos del Antiguo Testamento.

<sup>22</sup> En la *Biblia Vulgata*, en lugar de “ni truhanerías” dice “aut scurrilitas”, es decir, ni bufonadas o chistes ‘gruesos’. En la *Biblia de Jerusalén* se substituye “truhanerías” por “chocarrerías” (chistes groseros). Lacarra (1998: 382) hace importantes comentarios sobre el término *escurrilitas*.

<sup>23</sup> Las tres siguientes citas son de la *Santa Biblia*.

<sup>24</sup> Al leer este pasaje, no puedo dejar de evocar la intensa aflicción que emana del dibujo: *Cabeza de ángel llorando*, de Grūnewald —pintor del último período del gótico alemán—, ni su terrible Crucificado acribillado de heridas y revestido de sangre.

En la Biblia existen al menos dos menciones no peyorativas sobre la risa, y ambas se encuentran en el Antiguo Testamento. Pero ninguna de ellas entra en contradicción con el espíritu de alerta y censura hacia la risa, ya que en ambos casos está sancionada por la máxima autoridad de las Santas Escrituras: Jehová. En el primer versículo —dentro de un capítulo en que se proclama la justicia del Todopoderoso— es el propio Dios quien colma de risa la boca del mortal: “He aquí, Dios no aborrece al perfecto [...]. Aún llenará tu boca de risa, y tus labios de júbilo” (Job 8:21); en el segundo, la boca puede henchirse de risa alborozada sólo como parte de los loores hacia Jehová por restaurar la sujeción de Jerusalén hacia Él: “Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sion, seremos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenará de risa, y nuestra lengua de alabanza” (Salmos 126:2); porque “hay tiempo para reír y tiempo para llorar” (Eclesiastés 3:4).

\* \* \*

La seriedad preconizada por la Iglesia en la Edad Media fue reforzada, tal vez, por arcanas tradiciones, según las cuales ciertos protagonistas fundamentales de la lucha por la fe dieron ejemplo de reírse poco o nada. Al respecto es interesante señalar, primero, que en los manuscritos hebreos más antiguos que se conocen (los fragmentos bautizados como los *Rollos del Mar Muerto*, que contienen porciones de la Biblia y otros documentos religiosos y normativos), producidos por la comunidad de Qumran —¿los esenios?— un siglo a. de C., en el período asmoneo, ya se explicitan pautas que condenan las miradas sensuales entre los miembros de la secta y que hacen énfasis en la seriedad y la modestia durante las reuniones.

Uno de los textos fundamentales de los *Rollos del Mar Muerto*, el *Comentario de Habacuc*, escrito probablemente no mucho antes del año 63 a. de C. (Burrows, 1958: 193), presenta como sumo sacerdote o jefe de la secta de Qumran a un hom-

bre severo denominado “Maestro de Virtud”, “Guía de virtud y justicia” o “Elegido de Dios”, quien estaba dotado de poderes proféticos y habría sido ejecutado después de sufrir un terrible martirio. Este ascético personaje es, sin duda, asimilable a la figura de Jesucristo<sup>25</sup>. El paralelismo entre ambos inmolados es sugestivo porque las particularidades del Maestro de Virtud de Qumran, representativo (él y su secta, u otros como él) de un ideal de gravedad excesiva —y tan cerca del advenimiento del cristianismo—, es factible que puedan haber influido en la caracterización de Jesucristo como alguien que ¡jamás se habría reído! Precisamente esto afirmaba del Redentor, en el siglo v, San Juan Crisóstomo (Curtius, 1975: 98), Doctor de la Iglesia griega y Obispo de Constantinopla, llamado Crisóstomo —boca de oro— por su elocuencia y capacidad de persuasión<sup>26</sup>. Este santo, al igual que Tertuliano (s. II) y Cipriano (s. III), atacó los espectáculos antiguos, especialmente la risa mímica. Y Bajtín nos informa que también declaró que las burlas y la risa no provenían de Dios, sino que eran una emanación del diablo, y condenó a los arrianistas por haber incorporado al oficio religioso el canto, la gesticulación y la risa (Bajtín, 1974: 71). Desde sus orígenes, pues, el cristianismo condenó la risa<sup>27</sup>.

La tradición de la seriedad de Jesucristo es aún motivo de polémica. S. S. Averintsev se pregunta, en nuestra época, si la aseveración de que Jesucristo nunca se rió es o no una ver-

<sup>25</sup> Incluso, Edmund Wilson (1977: 81) considera que el Maestro de Virtud pudo haber sido el Mesías original; y, aún más, según J. L. Teicher habría sido el mismísimo Jesús, venerado como el verdadero profeta por la secta judeo-prerristiana de los ebionitas (*apud* Burrows, 1958: 191).

<sup>26</sup> María Jesún Lacarra en su citado artículo apunta que “basándose en que no hay indicaciones de que Cristo haya reído (pero sí llorado), San Juan Crisóstomo lo afirma así como señal de suma grandeza, y de ahí que no reír aparezca como indicio de santidad. La idea se repite en numerosos tratados religiosos, tanto latinos como romances” (1998: 378-379).

<sup>27</sup> Jorge de Burgos —otro personaje de *El nombre de la rosa* de Eco—, alma del *scriptorium* de la abadía de Melk y paradigma de una fanática severidad medieval, además de afirmar que “Cristo no reía” (1992: 162 y 164), también dice: “La risa sacude el cuerpo, deforma los rasgos de la cara, hace que el hombre parezca un mono” (161).

dad histórica, o si se trata de una afirmación lógica demostrable de alguna manera —más allá de los preceptos bíblicos en contra del reír (Averintsev, 1997-1998: 26). Él mismo da respuesta, en parte, a su cuestionamiento “parateológico” del modo siguiente: si la risa es una liberación, entonces es la transición entre una cierta falta de libertad y una cierta libertad. Entonces, asumiendo que una persona libre no necesita liberarse de nada; “se libera aquel que todavía no está libre” (29), y que Jesucristo posee la plenitud de la libertad desde antes del inicio de su vida terrena, se concluye que la conseja sobre la solemnidad de Jesucristo es lógica y convincente “desde el punto de vista de la filosofía de la risa” (30).

Cabe preguntarse, entonces, si otro personaje bíblico: Adán, se habría reído alguna vez. Me inclino a pensar que no. En el paraíso terrenal imperaba un estado de bienaventuranza propia de los inocentes. Había alegría, sí, pero no risa estentórea<sup>28</sup>. El rostro de Adán debe haber estado poseído por un gesto de arrobamiento, de alegría extática, característica —en nuestro doliente mundo— de los santos o de los ardientes cristianos sometidos al suplicio (es el rostro que se intuye en una Juana de Arco en la hoguera o en un san Lorenzo en la parrilla): una media entre el dolor y el placer; esa clase de sensaciones que se expresan, más que nada, por medio de la boca y los ojos. La Caída, propiciada por la perversa curiosidad de Eva, hizo de Adán un ser mortal, sometido al paso del tiempo, esclavo del trabajo, “homo animal risible”, riendo. La risa, pues, es diabólica, Satanás fue su intermediario: ¡San Crisóstomo tenía razón!. Quizá por ello

<sup>28</sup> “...allí ai risos, conviene saber acatamientos enamorados e amorosos que traspasan por fuerça de verdadero amor todos los coraçones e acatamientos falagueros con gran dulçor e limpieza e honestad de pensamientos”. Esto se asienta en “Un tratado muy devoto” que se halla en el ms. 5626 de la BN [ff.45r-97v] (*apud* Lacarra, 1998: 379). Sin duda la risa en el Paraíso no sería ruidosa, retumbante ni **estentórea**, calificativo que, según el Diccionario de la Real Academia, proviene del latín *stentoreus* y ésta a su vez de Estentor, heraldo del ejército griego en el sitio de Troya, célebre por su voz.

siglos más tarde se preguntará Octavio Paz (1962: 10): “¿La risa humana es una caída, tenemos los hombres un agujero en el alma?”

Ahora bien, para discernir si tales tradiciones engendraron o auspiciaron personajes *agelastas* dentro del poder eclesiástico, baste quizá resaltar que el influyente San Atanasio, “el campeón de la ortodoxia” —máximo defensor de las definiciones del primer concilio ecuménico de la cristiandad, el de Nicea (en 325)—, obispo de Alejandría y doctor de la Iglesia, en su *Vida de San Antonio*<sup>29</sup> destaca que el gran anacoreta “era prudente en exceso, [...] adiestrado en la soledad a lo largo de veinte años”, y que, habiendo padecido fuertes tentaciones en el desierto, “no tuvo que luchar contra *la risa*” (Parés, 1960: 59), es decir que el puro, el bueno, el que lucha contra el mal, es inmune a ella. El reír entre la gente perteneciente al clero era no sólo mal visto, sino indicio del olvido o menosprecio en que se tenía al ‘pecado original’. “El deseo de imitar a Cristo y a los santos es lo que conduce a los monjes a moderar, si no a eliminar por completo la risa” (Lacarra, 1998: 379). Y Curtius refiere que Sulpicio Severo, biógrafo y amigo de Martín de Tours (316-400) —llamado “Gloria de la Galia”: santo, obispo de Tours y fundador del monasterio de Marmoutier—, afirmaba que san Martín llevó una vida sumamente austera y que “nadie lo vio airado, agitado, afligido o *sonriente*” (*apud* Curtius, 1975: 598). Sólo una atmósfera tan lúgubre (plena de pecado, dolor, resignación, fatalidad, intimidación, arrepentimiento, veneración, fatiga, ascetismo, miedo, hipocresía, sumisión, severidad, prohibiciones) pudo haber gestado un mito como el del Judío Errante, encarnación del abatimiento perpetuo.

El hecho es que estas ideas han tenido una larga vida en la tradición conservadora o trágica —y en las formas convencionales— de los pueblos judeo-cristianos. Ejemplos de ello son los siguientes: con respecto a la primacía del llanto so-

<sup>29</sup> Remito al artículo de Lacarra, donde aborda ideas interesantes sobre el santo (2000: 215-230).

bre la risa, todavía en el siglo xvi, personajes como el ya citado Francisco de Villalobos —quien además de médico de reyes era científico, filósofo, tratadista, prosista satírico, poeta y traductor— escribía: “...á mi parecer más cierta propiedad del hombre es el llorar que el reír, porque lloran en nasciendo, y algunas veces dentro del vientre...” (*apud* Illades, 1999: 79); en la poesía —ya en pleno siglo xx—, Nicolás Guillén, el gran poeta cubano que con su inspiración rítmica anima una temática de polémica social, nos dice:

Un hombre que está llorando  
con la risa que aprendió.  
¿Quién será, quién no será?  
—Yo (*apud* Romero, 1954: 121)<sup>30</sup>.

#### CULTURA SOLEMNE/CULTURA FESTIVA

Sin embargo, la Edad Media fue la edad de la antítesis. Durante su devenir, prácticamente cada movimiento religioso, político, social, estético, etc., incubó otro en sentido diame-

<sup>30</sup> En una difundida revista —de cuyo nombre no quiero acordarme—, tan frívola como reaccionaria, se cita, en 1977, un manual de cuyo nombre tampoco quiero acordarme:

La alegría de la mesa debe estar siempre acompañada de una profunda y constante discreción, porque el hombre bien educado jamás se entrega sin medida a los efectos del ánimo; porque el *exceso del buen humor* conduce fácilmente en la mesa al abuso de los licores, y nada hay tan vulgar ni desagradable como el perder en sociedad la dignidad y el decoro.

Asimismo, es sugestiva la declaración del cantante bostoniano Black Francis, líder de la banda de rock The Pixies (abarrotadora de estadios y combinación de “*punk, pop oscuro, folk sureño y triste blues*, [...] que propone como tesis sonora el llanto desgarrado y el grito gutural”). El desabrido solista dijo al semanario inglés *Melody Maker* que: “La verdadera belleza *jamás sonríe a la cámara*” (*unomásuno*: marzo, 1997). Por último, vale la pena destacar las imágenes del recio galán, el inmovible *cowboy* o el intocable detective hollywoodenses, una de cuyas manifestaciones de virilidad y dignidad es no reír o, cuando más, dibujar en el rostro una irónica mueca mezcla de sonrisa amarga y tic contrito.

tralmente opuesto. Casi todo era dual, pendular; como si todo en ella estuviese gobernado por el principio que obliga a que a una oscilación en un sentido corresponde otra en sentido inverso. El hombre de la Edad Media era susceptible de experimentar estupefacción e iluminismo, postración y exaltación, melancolía y arrebató. Así, aunque lo reseñado párrafos atrás responde al aire de seriedad exclusiva que caracterizó a la cultura oficial de la Edad Media (la que en última instancia inculcaba que, en general, el cristiano modelo —agobiado por los estigmas del pecado y la culpa— debía renunciar a los placeres temporales si quería gozar del premio eterno en un cielo invisible), muy distinta era la cultura popular, que cohabitaba con aquélla.

Por una parte, estaban las fiestas, donde, como fuegos de artificio, la chusma explotaba por calles y plazas en una orgía de ferias, procesiones, cortejos, exhibiciones de extravagancias, bailes, burlas y parodias de los actos oficiales serios. El hombre medieval, abatido por el orden universal impuesto por las jerarquías del clero y la nobleza, concebía sus festejos como su Reino... y reía, y el ámbito de esta liberación era el carnaval. En él se evadía del miedo a lo sagrado —que incluía lo infernal—, del terror a la pérdida definitiva de la felicidad con el arribo de la muerte; se liberaba del corsé de la seriedad, de lo solemne, de lo abstracto y, en virtud de la máscara, podía vivir la paradoja de aparentar lo que no era y ser quien era, sin límites ni represiones.

No obstante que importantes autores religiosos —como el teólogo y pedagogo benedictino alemán Rábano Mauro— reprobaron moralmente la risa y la relacionaron con la culpa, no se mantuvieron inexorables tan tajantes posiciones (Lacarra, 1987: 40). Como Dios, que tiene autoridad para insuflar la risa al mortal —aunque Su Hijo nunca haya reído—, o como el señor feudal, que permitió la existencia del bufón, la Iglesia y el Estado Feudal aceptaron y convalidaron estos actos y ceremonias (que brotaban incontenibles de lo más profundo de la esencia humana: los carnavales; la *Fiesta de tontos o los locos*, o el *Chari-vari*, donde se llegaban a de-



gradar ritos y símbolos sagrados (se comía morcilla en los altares o se paseaban burros vestidos de obispos) y se elegía al arzobispo —y aun al papa— de la risa (Bajtín, 1974: 78)<sup>31</sup>; la “fiesta de los burros”, en la que se celebraban parodias de oficios religiosos, repitiendo “¡hi ha!” (75) en cada parte de la misa; la exhibición de fenómenos humanos y animales; la vendimia; los juegos del *Mardi Gras*<sup>32</sup>, etc.)<sup>33</sup>. En ellos reinaba la igualdad y se creaba un mundo antitético, paralelo a la vida ordinaria del pueblo y al desarrollo de las fiestas oficiales, donde en estas últimas se subrayaban y reproducían las distinciones jerárquicas intencionalmente con el fin de consagrar el orden social existente: “cada personaje se presentaba con las insignias de sus títulos, grados y funciones y ocupaba el lugar reservado a su rango” (Bajtín, 1974: 15), desvirtuando así la posibilidad, para sus participantes, de vivir una experiencia diferente a la cotidiana.

Irremediablemente —dado el poder masivo de la cultura popular—, las autoridades medievales tuvieron que autorizar las fiestas populares, desde luego externamente a la esfera oficial de la ideología seria, comprendiendo además que el pueblo requería una válvula de escape, una vivificadora tregua, para enfrentar los rigores de la vida diaria o de períodos como el de la Cuaresma: trabajo y sumisión y, por lo menos en la superficie, templanza, castidad y seriedad<sup>34</sup>. Sin

<sup>31</sup> Algún prelado de la época autorizó esta fiesta argumentando que era saludable *dejar un agujero abierto* de vez en cuando para que el vino no fermentara.

<sup>32</sup> En Francia, el martes de Carnaval o día de las morcillas.

<sup>33</sup> También estaban los divertidos juglares (en España, con ese nombre, vieron la luz desde el siglo XII), contra quienes peroraban los escritores eclesiásticos de su tiempo acusándolos de practicar espectáculos indecorosos y condenables (*cf.* Menéndez Pidal, 1969: 14-15). Sin embargo no podemos olvidar los pasajes donde un héroe del calibre del Cid campeador se sonreía y reía cuando las circunstancias le eran favorables; “se trata de la sonrisa del héroe [...] que es consciente de su superioridad, pero que carece de una soberbia diabólica” (Lacarra, 1998: 383). Para mayor información sobre una tipología de la risa, ver Santarcageli, *Homo ridens*, 54 y ss.).

<sup>34</sup> No obstante, la Iglesia ahogó las manifestaciones íntimas de alegría en ceremonias como el matrimonio, el bautismo y los funerales, tanto por

los desahogos públicos, siempre aparecía como una amenaza la perversidad subterránea o la rebelión. El eminente escritor español, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, en su *Libro de Buen Amor*, expresa en el siglo XIV:

Palabras son de sabio e díxolo Catón,  
que omne a sus coidados, que tiene en corazón,  
entreponga placeres e alegre razón,  
ca la mucha tristeza mucho pecado pon  
(1981: 44).

Naturalmente, esta tolerancia del alto clero era susceptible de romperse ante la posibilidad —como resultado de los comportamientos festivos libérrimos, carentes de todas las formas del miedo (Bajtín, 1988: 173)— del surgimiento de una tendencia herética (Rubial, 1983: 119). Las actitudes heterodoxas hacia la Iglesia (o la subversión general del orden existente) sólo se consentían durante el a veces efímero aunque intenso universo carnavalesco<sup>35</sup>.

Observamos, pues, una dualidad: por una parte existía una cultura oficial y por otra una cultura popular extraoficial (aunque sancionada por la primera)<sup>36</sup>. Para Jacques Le Goff, en el siglo XIII la vida humana se hallaba inmersa en tres grandes tiempos: el tiempo litúrgico (controlado por la Iglesia y anunciado por los campanarios de los templos); el tiempo feudal (señalado por movimientos estacionales de

ser privadas (lo que las hacía más peligrosas para el *statu quo*), como por provenir de cultos paganos antiguos o de influencias orientales recientes.

<sup>35</sup> El carnaval medieval era un fenómeno muy heterogéneo y complejo, con manifestaciones diversas según las épocas, los pueblos y los tipos de festejos. Los tiempos del carnaval se podían extender hasta tres meses, en algunos casos.

<sup>36</sup> Lacarra matiza al respecto: “Si bien es cierto que la literatura de inspiración religiosa está condicionada por la doctrina oficial de la Iglesia, la lectura de algunos textos permite descubrir ciertas brechas a través de las cuales se asoman las risas de los cristianos. La oposición radical que estableció Mijail Bajtín entre la cultura eclesiástica, esencialmente seria, y la cultura popular, único espacio para lo cómico en la Edad Media, debe matizarse” (1998: 391).

los ejércitos, el vencimiento de deudas y las asambleas de Pentecostés), y el tiempo de los trabajos campesinos (marcado por los ciclos de la naturaleza, ritos más o menos cristianizados y el carnaval) (1985: 132-133). La Iglesia ejercía “desde el rechazo rigorista de la risa hasta la benévola tolerancia de ella” (Curtius, 1975: 601]. Asimismo, esta ambivalencia se presentó también en las obras escritas de la época.

En efecto, al lado de una amplia literatura didáctica, pléutica de *exempla* y serias sentencias moralistas, coexistían, aunque en reducida cuantía, una literatura y una poesía específicamente hechas para hacer reír<sup>37</sup> (y que sobrevivieron desde la encrucijada de la Antigüedad y la Edad Media hasta el Renacimiento); o bien otro tipo de poemas con toques de humor, como los martiroológicos del español Prudencio, creador de la oda cristiana y de la alegoría poética, que “son un ejemplo del humor grotesco dentro del género poético religioso” (Curtius, 1975: 605). En su poema en honor de san Lorenzo, Prudencio pone en boca del santo (a quien están asando en unas ardientes parrillas):

dar vuelta ya —le dijo [al juez]—,  
esta parte del cuerpo está bastante asada;  
ya puedes probar, si quieres,  
la obra de tu dios Vulcano  
(Aurelio Prudencio, 1950: 511).

Un ejemplo de humor medieval carnavalesco lo dan los poetas de la época carlovingia Eginhardo, Heirico o Milón de St. Amand; este último escribe:

Pues hasta ahora, padre,  
hemos llevado al enemigo común infamias,

<sup>37</sup> Mucha de esta literatura estaba *carnavalizada*, es decir, influida por el espíritu donde preponderaba la parodia como valor universal, o la obscenidad dual —producto ésta de la visión positiva de lo inferior, material y corporal—; en síntesis, se trataba de una literatura en la que se evidenciaban las libertades propias del carnaval medieval.

bofetadas, risas, iras, maldiciones,  
 carcajadas y escupitajos...  
 (Curtius, 1975: 608)<sup>38</sup>.

Había, asimismo, un conjunto significativo de parodias sobre la liturgia, los santos o la épica (el *Rolando* cómico), tanto en latín como en lenguas vernáculas —algunas de las cuales se llegaban a interpretar en los carnavales o a representar en las plazas públicas en forma de obras festivas—. Dentro de la gran literatura europea de la época, el recién citado Arcipreste de Hita fue un genial escritor satírico de la Baja Edad Media, que presenta en su obra —en una envoltura de corte didáctico— importantes elementos de humor subversivo (Cf. Deyermond, 1979: 220) e imágenes del más puro sabor carnavalesco<sup>39</sup>. Sin embargo, fue la dramaturgia cómica medieval la que más vinculada estuvo a las fiestas populares, en la que aun la ideología oficial de la Iglesia y sus ritos son descritos desde el punto de vista cómico.

#### RISA INCONTROLADA ¿DESMESURA O LIGEREZA?

Pero el reír del pueblo no se circunscribía a los espacios festivos o literarios tolerados por los poderes medievales. Ni siquiera se concretaba, en la intimidad, a lo evidentemente jocoso.

Prestemos atención, antes de seguir adelante, a las siguientes ideas: en virtud del carácter destensionante de la risa, el ser humano es susceptible de reírse hasta en las exequias de un respetable personaje, o en el solemne acto oficial de cambio de poderes de una nación. Cuando los niños —frescos, comunicativos— juegan a mirarse con fijeza para ver quién de ellos pierde por reírse primero, más temprano

<sup>38</sup> Traducción de Pablo Martínez Lozada.

<sup>39</sup> La obra de Juan Ruiz fue creada a despecho de que la sátira, la parodia, lo tragicómico y lo chistoso fueron terrenos literarios que se cultivaron, en esa época, más bien en Francia y Alemania.

que tarde uno es derrotado al descontrolarse, contagiando casi siempre al otro; la tensión de la seriedad forzada estalla por regla general en una risa convulsa. El niño se ríe como consecuencia de la tiesura de la situación. En resumen, dada su índole no volitiva, toda persona es susceptible de “sufrir” un acceso de risa ante una situación o una narración que, por seria y aun trágica que fuese, pareciera risible por alguna razón.

De acuerdo con lo que aquí nos interesa, un ejemplo muy significativo de comicidad involuntaria contenida en escritos serios —en este caso, bíblicos—<sup>40</sup>, sería el siguiente: en 2 Reyes 25: 8-9 se lee:

...vino a Jerusalén Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia. Y quemó la casa de Jehová, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén (2 Reyes 25:8-9)<sup>41</sup>.

Más adelante prosigue el relato del saqueo perpetrado por Nabuzaradán:

Y quebraron los caldeos las columnas de bronce que estaban en la casa de Jehová, y las basas [...] y llevaron el bronce a Babilonia. Llevaron también los calderos, las paletas, las despabiladeras, los tazones, los cucharones y todos los utensilios de bronce con que ministraban (2 Reyes 25:13-14).

Lo que parece ser un rico botín de preciado bronce, obtenido a sangre y fuego para Nabucodonosor, el rey de Babilonia, podría haberse metamorfoseado en un motivo de risa (de ningún modo previsto) si el lector medieval hubiera estado enterado de que Nabuzaradán era, además de militar, nada menos que *cocinero*. De este segundo oficio del capitán de la guardia nos da cuenta el tío del Marqués de Santillana,

<sup>40</sup> Comicidad que posiblemente fue descubierta por más de un ciudadano de la Edad Media, dada la naturaleza de la cultura cómica popular arraigada en el pueblo.

<sup>41</sup> Ésta y todas las citas bíblicas que siguen corresponden a la *Santa Biblia*.

Fernán Pérez de Guzmán; el cronista lo llama “*príncipe de cocina*” de Nabucodonosor (1947: 105). Por su parte, Curtius afirma que en las versiones más antiguas de la *Biblia Vulgata* (alguna de las cuales hubiera podido leer San Isidoro en el siglo VII) sí se aclaraba la ocupación civil de Nabuzaradán (1975: 614)<sup>42</sup>.

Un ejemplo de una situación risible no intencional en la hagiografía —que bien pudo haber arrancado al menos una sonrisa en algún lector o escucha— es la siguiente:

[...] una muchedumbre de paganos abalanzóse sobre él llena de furia, uno de ellos enarbolando una espada. Martín [de Tours] permaneció de pie, ofreciendo su pecho desnudo, a la vista de lo cual el hombre cayó de espaldas, lleno de terror, mientras la espada quedaba suspendida en el aire (Parés, 1960: 78)<sup>43</sup>.

Por último, ¿no es verdad que un hombre del Medioevo (y de cualquiera otra época) pudo haber encontrado algo de ridículo y por lo tanto de irrefrenablemente risible —o al menos de sonreíble— en el pasaje bíblico que se refiere al arresto de Jesús en Gethsemaní?:

Pero cierto joven le seguía, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo (Marcos 14:51-52)<sup>44</sup>.

De este modo, por más que los cánones del poder político e ideológico advirtieron acerca de los peligros que corrían

<sup>42</sup> Este personaje está mencionado también en Jeremías 39:10 y 52:12.

<sup>43</sup> De la biografía de Sulpicio Severo sobre el santo patrón de Francia (que, curiosamente, no era francés, sino de Pannonia, antigua región situada entre los ríos Danubio y Save). Son también de sumo interés los ejemplos que menciona Lacarra en su multicitado artículo, incluidos en obras de Gonzalo de Berceo, así como en otras obras de la literatura ejemplar de los siglos XIII al XV (1998: 380-391).

<sup>44</sup> En el campo de lo sagrado, no deja de ser interesante la observación de Dudley Zuer: Hay que imaginarse a Adán y Eva apresurándose a taparse con hojas de higo, ruborizados ambos ante “la parte cómica de su visión” y porque ya ven lo sexual “como lo extraño y como lo cómico” (*apud* Vilas, 1968: 43).

quienes se dejaron llevar por un exceso de entretenimientos —Alfonso X, el Sabio, llegó a afirmar que el abuso en la práctica de cantares juglarescos podía llevar a la locura—, el pueblo, sometido cotidianamente a una ostensible falta de libertad e independencia, hizo catarsis y liberó su sometido espíritu mediante la risa, ya sea en el vértigo purificador de las fiestas populares o a través de la literatura festiva (o, inclusive, transgrediendo las normas, al burlarse, en la intimidad de su hogar, de lo sagrado, de la autoridad o de lo pomposo). Y nadie, que se sepa, terminó sus días en la hoguera por reírse en un carnaval.

Dice Fossier, con razón, que pocos períodos de la historia han experimentado tal superposición de estados extremos de ánimo: “La taciturnidad, la desmesura, la severidad, el deseo de sorprender, la renuncia total, el amor por lo inútil o el espíritu de beneficio” (Fossier, 1988: 17). A estos sentimientos extremos, opuestos, yo agregaría la austeridad y la ligereza, la seriedad y la risa. Y, precisamente, este extraordinario caos antitético constituyó la substancia que culminó en otro extremo: el Renacimiento, una de las más brillantes y renovadoras etapas de la historia del linaje humano, una de cuyas grandes figuras, Rabelais, inmortalizó en sus obras el exuberante, delirante, espíritu cómico popular de la Edad Media<sup>45</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Biblias consultadas*

*Biblia de Jerusalén* (1975), Bilbao, Editorial Española Desclée de Brower.

*Biblia Vulgata* (1991), versión de Alberto Colunga y Laurentio Torrado, 8ª ed., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

<sup>45</sup> Es momento de declararnos rabelesianos, de entregarnos al optimismo, el regocigo y la risa para enfrentar la crueldad y la miseria, las sequías y las inundaciones que invaden al ser humano adusto, desazonado y solemne.

- La Sagrada Biblia* (1974), versión de Ramón Ricciardi, Madrid, Ediciones Paulinas.
- Santa Biblia* (1983), antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera, Miami, Editorial Vida.

*Obras citadas*

- ÁLVAREZ, LISANDRO (1989), *La otra cara de los dioses*, Buenos Aires, Ediciones M. R. Argentina.
- AURELIO PRUDENCIO (1950), *Obras completas*, ed. bilingüe de José Guillén, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos,
- AVERINTSEV, S. S. (1997-1998), "Bajtín, la risa, la cultura cristiana", trad. de Tatiana Bubnova, en *Acta Poetica* (UNAM), número 18/19, pp. 25-46.
- BAJTÍN, MIJAIL (1974), *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, Barcelona, Barral Editores.
- (1988), *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BEAUNE, JEAN-CLAUDE (1990), "Impresiones sobre el automatismo clásico", en Michel Feher (ed.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano. Parte primera*, Madrid, Taurus (Humanidades/Historia), pp. 447-498.
- BURROWS, MILLAR (1958), *Los rollos del Mar Muerto*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CÁNDANO FIERRO, GRACIELA (2000), *La seriedad y la risa*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM (Bitácora de Retórica, 7).
- CURTIUS, ERNST ROBERT (1975), *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de Cultura Económica (Lengua y Estudios Literarios).
- DEYERMOND, A. D. (1979), *Historia y crítica de la literatura española. Edad Media* (Primer Suplemento), Barcelona, Crítica.
- Diccionario de mitología griega y romana* (1994), ed. de Pierre Grimal, Barcelona, Paidós.
- ECO, UMBERTO (1992), *El nombre de la rosa*, Buenos Aires, Lumen/Ediciones de la Flor.
- FOSSIER, ROBERT (1988), *La Edad Media*, 3, Barcelona, Crítica.
- FREUD, SIGMUND (1979), *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Buenos Aires, Amorrortu editores.



- GARCÍA MÁYNEZ, EDUARDO (1962), *Puesta en escena y análisis de R.U.R.*, México, UNAM.
- GREEN, OTIS (1969), *España y la tradición occidental*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica).
- ILLADES AGUIAR, GUSTAVO (1999), *La Celestina en el taller salmantino*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM (Publicaciones *Medievalia*, 21).
- JOLIVET, JEAN (1974), *Historia de la filosofía*, v. 4: *La filosofía medieval en Occidente*, Madrid, Siglo XXI.
- LACARRA, MARÍA JESÚS (1987), *Cuentos de la Edad Media*, Madrid, Editorial Castalia.
- (1991), “Elementos cómicos en los cuentos medievales castellanos”, *Tigre*, 6 (Centre d'études et de recherches hispaniques), Grenoble, Université Stendhal, pp. 31-47.
- (1998), “‘De la disciplina en el reír’: santos y diablos ante la risa, en José M. Soto Rábanos (coord.), *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago Otero*, Madrid, CSIC/Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León/Diputación de Zamora, pp. 377-391.
- (2000), “*Algunos miraglos que nuestro Señor hizo por nuestro padre sancto Antonio*: presentación del texto y aproximación tipológica”, en *Typologie des formes narratives brèves au Moyen Age* (domaine roman) II, (Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-Americaines de l'Université Paris X-Nanterre), Crisol, 4, pp. 215-230.
- LAFITTE-HOUSSAT, JACQUES (1950), *Trovadores y cortes de amor*, Buenos Aires, EUDEBA.
- LE GOFF, JACQUES (1985), *El nacimiento del purgatorio*, Madrid, Taurus, (Ensayistas 251).
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN (1969), *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MONTROYA, JESÚS (1997), *La norma retórica en los tiempos de Alfonso X, el Sabio*, Granada, Ediciones Adhara S.L. (Biblioteca Universitaria de Estudios Románicos).
- PARÉS, NURIA (ed.) (1960), *Vidas de santos*, México, Biografías Gaudesa.
- PAZ, OCTAVIO (1962), “Risa y penitencia”, en *Magia de la risa*, Jalapa, Universidad Veracruzana, pp. 9-25.
- PEÑA, JOSÉ (1950), *Dos siglos de risa mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública (Biblioteca Enciclopédica Popular).

- PÉREZ DE GUZMÁN, FERNÁN (1947), *Generaciones y semblanzas*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina,
- PROPP, Vladimir (1982), *Edipo a la luz del folclore*, Madrid, Editorial Fundamentos (Colección Arte; serie Crítica).
- RÍIU, MANUEL (1959), *La vida, las costumbres y el amor en la Edad Media*, Barcelona, Gassó Editores.
- ROMERO, MARÍA (1954) (sel. y ord.), *Poesía universal*, Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag.
- RUBIAL, ANTONIO (1983), "Las metáforas del cuerpo en la religiosidad medieval", en *Historiae Variæ* de la Universidad Iberoamericana, vol. I, pp. 105-120.
- RUIZ, JUAN, Arcipreste de Hita (1981), *Libro de buen amor*, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe.
- SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS (ed.) (1964), *Cuentos viejos de la vieja España (del siglo XII al siglo XVIII)*, Madrid, Aguilar.
- VILAS, SANTIAGO (1968), *El humor y la novela española contemporánea*, Madrid, Ediciones Guadartama (Colección Punto Omega 47).
- WILSON, EDMUND (1977), *Los rollos del Mar Muerto*, México, Fondo de Cultura Económica.